

Geografía de un saber. Canto pintado

Javier Lasso Mejía
Profesor Universidad de Nariño

La propuesta estética que presento, Arte Visionario, es el resultado de un proceso de muchos años de participación y acercamiento vivencial en lo que he llamado encuentro con el "Saber Ancestral", propiciado con la asistencia de los "Abuelos Sabedores" de algunas comunidades indígenas.

LA OBRA PLÁSTICA recurre a la diversidad de técnicas y procedimientos dentro de las áreas de la escultura en piedra, talla en madera, cerámica, mosaico, y la pintura recoge su expresión en cuadros al óleo, acrílicos y en formatos para mural.

Los trabajos artísticos conforman una filigrana que nos invita adentrarse en la visión del ser y su naturaleza espiritual, tan sólo propiciado en los estados visionarios.

Pinta, curación, visión, un retazo de lienzo plasmando el infinito cosmos de conocimiento, guía y camino.

EN LA BÓVEDA CELESTE...

Como de costumbre, cada mañana el arrullador canto de la selva fue deshaciendo lentamente nuestro plácido ensueño. Todos los días, la vida nos enseña a sentir la amplia e inimaginable existencia. Cinco de la mañana de un día jueves en la casa de habitación del abuelo Francisco Piaguaje. Desde el corredor de las hamacas puedo observar

al fondo la cocina donde la paciente figura de mamá Isolina deja entrever por las rendijas del entamborado su cotidiana labor al encender sagradamente el fogón, construye con pedazos de leña seca un entrecruzado montón que asemeja una pequeña choza. Lentamente el fuego va tomando fuerza, el curtido rostro cobrizo de la abuela se torna brillante y anaranjado, cada vez que el reflejo del fuego es avivado, por las bocanadas de su aliento. El humo juguetea con los visillos de luz que penetran por el techo de palma de iraca, como suspendiendo en el aire los azulados rayos de un claro cenital crean una atmósfera de un agradable misterio, invitándonos a participar de la bienvenida de un nuevo amanecer. En rededor, el concierto de cantos y melodías de una infinidad de fauna silvestre comparte con los vivaces colores que apacibles se suspenden y van matizando el aterciopelado verde de la selva.

Sentado en su pequeño banco, cerca de la puerta del respaldo de la casa y sumergido en sus pensamientos, la cuidadosa labor del abuelo Francisco deja sentir la pasividad y el amor con que emprende sus tareas a diario. Raspa cuidadosamente el Yoco, exprime la rosada carne extraída del bejuco en una taza grande de agua, mezcla su contenido suavemente, lo mira y entre sus gestos conjura y reza; silenciosamente sopla como dando pequeños giros sobre la superficie contenida e invita a tomarlo como parte ritual de este su diario vivir. Una gran taza de líquido lechoso me es entregada mientras que los abuelos entrecruzan una mirada y una sonrisa. Un sorbo largo y sostenido para que el amargo y biche sabor se deslice por las entrañas. iii... Ah... Uuushh...!!!. No se deja esperar el apunte de humor del abuelo, "No haga caras feas que se queda así de arrugado"... Al instante todos nos reímos, continúa, "este es el mañanoso de los indios, para tomar fuerza" y en un gesto de sus brazos hacia adelante con los puños cerrados nos mira como si estuviera enseñando algo de su conocimiento. Se detiene por un instante de su oficio y con un tono de nostalgia comenta: "Ya son muy pocos los que acostumbran a escuchar y seguir lo de antes, lo que nos enseñaron los antiguos, lo que nos dejaron nuestros padres... Todo va cambiando. Qué irá a pasar después. Humhm! Los hombres van quedando solos porque ya no titilan con el espacio y entre nosotros ya no

hay confianza ni respeto... Ya no miramos a nuestra Madre". Mira hacia afuera y señala al cielo, los árboles y la tierra, menea su cabeza y sus ojos quedan como suspendidos, se alejan en el horizonte. Se tejen por unos instantes de silencio los pensamientos... "Pero así es mi vida, dijo una canoa que bajaba sola por el río...." Sonríe, nos cuenta la historia de esa canoa, ríe a carcajadas y continúa tranquilamente en su labor. Prepara otra porción para él.

Después de desayunar nos preparamos para ir al otro lado del río; es tiempo de cosecha del maíz. Mochilas, costales, machetes, un buen timbo de guarapo, remos y mucha alegría son nuestro equipaje. ¡Se van pa' el Ecuador. Al otro país, llevarán pasaporte! Es el comentario gracioso de despedida de la abuela y sus nietas que nos hacen desde lo alto del muelle principal.

Atravesando el río vemos que desde más abajo, de otro muelle, salen a acompañar a la cosecha Julio, hijo del abuelo Francisco a quien cariñosamente le apodan el 'Indio' con él también van sus dos hijos Julián y Elkin. Ya en el trayecto, a mitad del río, se siente la grandiosidad y fuerza de las aguas que bañan estos territorios, "¿Por algo se llama río Putumayo, cierto? ¡Porque es bien Puto!" De remada en remada, participamos del peculiar humor que los caracteriza, apaciguando y haciendo placentero el paso del río en los potrillos.

Ya en la otra orilla, bajamos, atamos las embarcaciones a unos grandes y viejos troncos anclados en la arena; tomamos la trocha que nos conduce selva adentro. Son instantes agradables pero a la vez se despierta un sentido de atención que no deja de inquietar el rededor. Uno a uno seguimos los senderos, voy entendiendo el por qué de la costumbre del andar en fila india; la atención del grupo es vital, por lo menos lo presiento y lo capto de ese modo, todos cuidan de todos; recuerdo conversaciones en las noches anteriores con el abuelo "El paso atento y la mirada despierta". Colores, plantas, formas, olores, sabores, sonidos son en sí partes del todo que hay que conocer para entender el por qué del estar ahí; las bromas, los cuentos, las historias van acompañando la jornada, en el trayecto se va aprendiendo, siempre en el fondo van hilándose muchas de las enseñanzas que harán parte del entender, una forma de aprendizaje.

A veinte minutos de camino hemos llegado a un terreno que anteriormente se ha socalado para la siembra del maíz; dos hectáreas aproximadamente que ahora están listas para ser cosechadas; la áspera y tupida vegetación que ha crecido junto a los sembríos, sobrepasan los dos y tres metros de altura, la maraña despierta un cierto sentido de profunda atención. Nos internamos en las plantaciones y cada uno dispone su espacio, las herramientas y el trabajo de recolección. Poco a poco el tiempo va pasando, y el sol del día se posa sobre nosotros; golpea calurosamente nuestros cuerpos, hasta sofocar todo el espacio abierto en la selva, el sudor resbala a chorros desde la frente, gota a gota cae hilos de agua que empapan las ropas; alrededor nuestro revolotean bandadas de zancudos que no dejan ni por un segundo el deleite del banquete dispuesto. Fumar cigarrillo hace por momentos que los mosquitos se ahuyenten y de paso, como ha enseñado el abuelo, se va corriendo la presencia de las serpientes. Lo dicho; en otro lado el 'Indio' grita que ha dado muerte a una equis, una de tantas especies de serpientes que existen por estos lugares; la curiosidad nos llama y todos vamos a mirar el animal que yace muerto en un tronco, de unos sesenta centímetros de largo, color grisáceo, con pintas negras y café oscuro dibujan a lo largo de su piel cierto tipo de diseños en forma de semirombos y rombos completos. Julio, sin dejar de trabajar mira y comenta, "Cómo le parece el bichito, y pensar que lo puede mandar al otro lado, en menos de lo que canta un gallo... ¿ah...?" Sonríe y continúa. En el descanso de un sorbo de guarapo se comentan otras historias, la jornada aún espera.

Llegada las cuatro de la tarde, el abuelo anuncia el regreso, "por ahora es suficiente, mañana le damos otra tanda". Lo cosechado es llevado en las mochilas y costales rumbo a la casa de Felinto, otro hijo del abuelo Francisco, que vive a este lado del río. Por estos días de cosecha, ha facilitado un pequeño solar de su vivienda para que sirva de bodega de lo recolectado; ahí se arruma, se deja secar, se selecciona y desgrana para llenarlo en bultos que serán vendidos en los mercados del Puerto.

En estos espacios y tiempos, nuevos para mí, me detengo a pensar de todo cuanto me rodea, entiendo ahora lo del ocio creativo, el que nos hace ver las cosas "diferentes",

conectadas, que siempre se perfilan y apuntan a las fronteras del encuentro con lo inimaginable, como cada uno va extendiendo las raíces de su pensamiento por las tierras que nutrirán el árbol de su ser, prolongando, cada día, con cada nueva experiencia, las ramas del conocimiento, en el acto simple de observar y participar de lo infinito de las cosas.

Se aprende siempre, en todo lado, en cada cosa, en cualquier tiempo, porque todo reside aquí mismo; somos parte de ese todo y ese todo hace parte de nosotros, debemos aprender a mirar con el corazón, a sentir lo que nos rodea de otra manera, no de la forma común la que siempre nos han impuesto o señalado por siglos y siglos, verdaderamente nuestro compromiso es compartir-nos, saber que somos parte de esta existencia y una pieza inigualable entre todas, infaltable en el gran engranaje de la vida; todo reside aquí mismo, en nosotros, en la memoria, en la genética de nuestra memoria que es el cáliz divino de la misma existencia que siempre debemos vaciar y volver a llenar, para poder brindar una vez más.

Nos hemos acostumbrado a medir, a limitar, a calcular, a agrupar nuestras capacidades, nuestro entendimiento de la realidad, cada día más y más lejos del acto mágico de vivir, limitando y creando fronteras en los territorios cuadrículados, donde la magia de la existencia no tiene consideración alguna.

LA PREMONICIÓN...

De sorbo en sorbo

De mano en mano

De palabra en palabra

El saber es transmitido,

En los poros embriagados de Ser

Gravitan en rededor

Olores, colores y sabores

Cadencia de la espera y la perseverancia.

Ya en la tarde, después de descansar y hacer algunos oficios para la casa, decidimos salir con un nieto del abuelo,

Sandro, un niño de unos diez años de edad, con quien vamos a recolectar algunos totumos y calabazos para elaborar unos recipientes decorados con la técnica del esgrafiado. Navegamos unos dos kilómetros río abajo, donde encontramos una plantación que nos proporcionó unos doce totumos grandes, vimos que eran suficientes y regresamos.

Lentamente fuimos subiendo por el río, todo cuanto me rodea me llama la atención, trato en lo posible de no perder ningún detalle que se genera en el contorno. Sandro, observa tranquilamente y sonrío ante mis preguntas. El sol brilla en el azul perfecto del cielo. A lo lejos vemos unas golondrinas que revolotean, fijo la mirada al horizonte que se perfila desde donde hemos decidido tomar un descanso y en cosas de segundos el cielo se inunda de miles y miles de golondrinas que viajan en dirección del poniente, van llegando más y más, los aires se estremecen por sus cantos y chillidos, son tantas que a lo largo van formando una nube espesa de círculos y espirales. Jamás he visto un espectáculo de tantas aves volando juntas. Inmediatamente mis sentidos le van encontrando forma a ese gran cuerpo que flota en el aire, una especie de serpiente tubular que se arremolina horizontalmente, una danza mágica que viaja en el aire, que tiene un cuerpo factible, entendible en la inmensidad del cielo. Creo que ahí nos quedamos estacionados por unos diez a quince minutos, hasta que pasó la última golondrina. El vuelo del grupo poco a poco se va alejando, confundándose en la espesura de la selva. Recostados en el potrillo sonrientes, aún no dábamos crédito a tal espectáculo que nos entregaba la naturaleza. En estos momentos las cosas parecían estar dando forma al acto final que había que descifrarse.

Llegando a casa, el atardecer reposa en el trasfondo de los colores del ocaso, verde oscuro, azul profundo, gris tornasol que se te pega hasta en la respiración, la piel transpira sonidos de color. Un rojo anaranjado en el filo del horizonte se tiende para recibir las sombras altas de los espíritus de la selva que juegetean apaciguadamente con el viento. En el manto negro de la espesura del gran bosque, todo cambia de apariencia, otros seres por conocer aparecen en el escenario, todo se transforma, la noche da la bienvenida a la otra parte del gran concierto. Las historias y los cuentos de los abuelos nos reúnen junto al último calor del fogón, un cigarrillo com-

partido mezcla la atención de los recuerdos que salen como de un archivo recién desempolvado. Horas interminables de recuento, cada uno comparte algo de su saber, es el hilo que nos conduce por los caminos del saber de la palabra. Ya a altas horas de la noche decidimos descansar, con todo un cargamento de sueños que hilvanar.

Mecido por la hamaca
el sueño se desliza apaciguadamente
el trepidar sostenido de los grillos y la cigarra
abraza el calor del sueño sueño...
sueño que estoy viendo...
seres inofensivos
se acercan inquietos
lo desconocido conversa y muestra
sus ojos destellan en la espesura
y un frío de atención recorre la espina dorsal
En la pradera columnar del gran cazador
caminan los silencios
ya cae la noche
sobre el cuarto creciente del compás del tiempo
los hilos del azar y el destino
van tejiendo la manta de sueños.

LA TEMPESTAD

A la mañana siguiente se continúan las labores de la cosecha. Este día aparentaba ser igual, pero en la mirada del abuelo se dibujaban inquietos pensamientos. Se sentía diferente. El amanecer nos revelaba otros colores, tonos y veladuras más grises se dejaban observar en los contornos, en el firmamento se pintaban sutilmente un choque de luz brillante que diferenciaba marcadamente la oscuridad; aquella mañana me di cuenta que el silencio total de vez en cuando se tomaba por instantes el acostumbrado sinfónico bullicio de la selva.

Ya en la chagra, concentrados en nuestra tarea, fuimos llenando los bultos y las mochilas del hermoso fruto dorado; por los aires revoloteaban constantemente bandadas de

pequeños loros persuadidos por la gran cosecha, con gritos y alborozos el grupo de recolectores ahuyentaba las manadas. A la vez, nuestras miradas se quedaban suspendidas en el profundo cielo oscuro que destellaba desde muy lejos en algunos relámpagos, como si desde muy adentro de la tierra temblaran las entrañas.

El viento, de vez en cuando, lanzaba oleadas de hojarasca que caían de los grandes árboles. El abuelo dio orden de partida. "¡Vámonos ya! Esto se nos vino encima... y nos coge en el camino". Recogimos rápidamente todo lo que habíamos llevado, de inmediato llenamos la pesada carga de la jornada. El viento se hizo más fuerte y comenzó a mover los árboles, desde lejos se sentía que la selva entera se agitaba; un ruido estremecedor aumentaba paulatinamente su frecuencia, algo se acercaba; comenzamos a salir por la trocha y un remolino de aire frío chocó escandalosamente con la vegetación del rededor. Una fuerte lluvia comenzó a desprenderse del cielo, aumentando estrepitosamente su caudal y su fuerza, en cosas de segundos estábamos completamente empapados, el agua caía a cántaros. "¡¡¡Corran... corran!!! Era lo único que se escuchaba en aquel alborozo. Nuestros rostros eran constantemente azotados por la vegetación baja, el peso de la carga auestas era insoportable, las mochilas repletas de maíz, resbalaban por el cuello ahogando por instantes la respiración, por momentos no sabía si respiraba o tragaba agua; las botas inundadas de lodo impedían el poder emprender una ágil carrera. Unos metros más adelante, entre un claro despejado del bosque bajo, presenciaba la fuerza de la naturaleza en todo su esplendor; de la espesura de los grandes árboles del contorno, comenzó a abrirse ferozmente, despiadadamente una fuerza que gemía y bramaba, estábamos enfrente, muy cerca de la presencia de un tornado, los gigantes árboles se doblegaban al paso del fenómeno natural, no eran nada en comparación de lo que los estremecía. El ruido ensordecedor llegó hasta el suelo levantando hojas, lodo, ramas, grandes troncos y todo cuanto se encontraba en el camino; la tierra verdaderamente gemía. Ahí no éramos nada. Fueron instantes sublimes de atención profunda que nunca podré olvidar, realmente hipnotizantes. La contemplación de aquel espectáculo, se rompió cuando alguien gritaba a mis espaldas ¡¡¡Corra... corra.. que esto nos quiere

matar!!!” Al instante como acto reflejo emprendimos el trote. No habíamos corrido los diez metros cuando a nuestras espaldas se desplomaban inmensos árboles, desgajados de raíz estremeciendo la tierra, dejando escuchar atrás el crujir de los otros árboles que al paso de la caída se llevaba.

Al fin pudimos llegar a la casa de Felinto, desde ahí podíamos observar cómo la tempestad a su paso se estrellaba en las turbulentas aguas del río, arrastrando troncos y plataneras enteras; los techos de algunas chozas del poblado de enfrente habían desaparecido.

Un silencio largo y profundo quedaba grabado en los entumecidos rostros de todos; lentamente el agua fue menguando hasta que tan sólo se dejaban escuchar algunas gotas que caían del techo, salpicando los charcos de lodo que se habían formado en la parte baja de la casa.

Al regreso, en la casa del abuelo, mamá Isolina quemaba un montón de ajos en el fogón, para que los malos espíritus que se vienen junto a la tempestad se vayan lejos.

Pasaron luego muchos días, y conté la historia; ahora en el tiempo, trato de hilar los hechos, entender lo que implica correr el liviano y sutil velo que oculta la realidad. Los mundos paralelos no están, más allá del umbral de nuestra mente; la realidad muchas veces se vuelve intrusa en los fértiles campos de la imaginación. Las fuerzas eternas de la creación han sido siempre las mismas, han existido desde siempre siendo nosotros también sus herederos. Volver los ojos como en el pasado, con las mentes menos confusas para poder ver, oír y describir estos misterios de los mundos invisibles.

CANTO PINTADO

En la noche guindamos las hamacas en varias posiciones, cada uno de los invitados a la ceremonia iba llegando a la Maloca, junto con pacientes que venían de otras veredas. Alrededor todo se torna en calma, el sonar de la naturaleza acompaña plenteramente el mecer de la espera; la luna llena perfila su iluminar plateado en el contorno, el fumar tabaco apacigua la inquietante calma mientras al fondo de

la maloca el abuelo prepara su vestimenta, el chasquido de los collares acrecienta el ambiente de este espacio sagrado impregnado ahora del penetrante olor dulce del pegote, incienso de la selva que es expandido por todo el recinto por uno de los discípulos. El abuelo canta y conjura el recipiente que contiene el preciado yagé, sopla, resuena el crujir de sus quijadas y bendice. Uno a uno es llamado a recibir el cáliz, "buena pinta y que Dios lo acompañe" ... "*Surupa Taita*" ...

Todos hemos tomado y regresado a los sitios de descanso, se escuchan algunos cuentos y relatos del saber de los antiguos y entre susurros y murmullos nos vamos silenciando... ya nadie quiere conversar, cada cual se interna en el somnoliento arrullo de la selva.

Comienzo a percibir un fragante adormecer del cuerpo, como si un leve abrazo recorriera calurosamente todo el espacio, entro suavemente en un sueño atento y profundo, no hay detalle que me pierda, como si tuviera un alcance circular de la visión, logro vislumbrar formas que constantemente cambian de tamaño y color, asociándose con algunos objetos, rostros y tejidos multicolores, flotan tan cerca que se funden en la piel, todo se encuentra bien puesto en su sitio como si entendiera la perfecta y milimétrica ubicación de lo que nos circunda.

El canto del abuelo propicia el arrullo del trance que resuena al compás del eco de la selva, murmullo manifiesto del titilar del universo, del saber ancestro por el camino de los mundos; su sombra cobija el aliento de los estados desconcierto, la lucidez es inminente en el resoplar de las hojas del viento; *Huairasacha*, susurro del encanto que convoca, que lleva y trae, que acompaña como guerrero guardián el camino de la luz al encuentro de enseñanzas y sabidurías reveladas desde la memoria primigenia; Vía Láctea, mundos visibles e invisibles, tiempos y espacios que transcurren en el sagrario devenir íntimo, estar y saberse vivo en el filo del horizonte del alma; planta hombre, hombre planta, templo espíritu, flor de sol.

Un fragante adormecer del cuerpo recorre ya todo el espacio, como si uno lentamente se fundiera en el calor, el olor y el sabor a selva; la escasa luz que se desprende del mechero atestigua la atmósfera de vigilia, el vaivén de los

cuerpos suspendidos en sus hamacas acompasa la sinfonía del entorno.

El mareo es inminente y las reacciones de limpia no dejan espera, el cuerpo de todo ahora es otro, las sensaciones de descanso preparan el ensueño propiciando el trascendental vuelo, no hay forma única, no hay nada distanciado del todo, la memoria universo se manifiesta y seres espirituales circundan esta nave, gran Maloca que llevas a tus viajeros por el no tiempo, ya no hay afuera, todo está aquí, todo está escrito, poder de conocimiento y esencial energía de la creación, genética de la inmateria; Flor de tierra, gente de río.

La palabra en el canto del abuelo es instrumento de poder; entra y despierta, fortalece y sostiene el encanto, camino de encuentro con la divinidad y el espíritu, se percibe un caudal de llanto en la aparición de miles de formas, calidoscopio multicolor en el umbral de los sentidos propiciándonos el entendernos líquido, sabernos agua... un gran bostezo hace antesala a una lágrima que se desprende en el significativo recorrer por las mejillas, instante que gravita preparando el gran vértigo.

Multicolores formas, objetos y tejidos flotan en la dimensión del cuerpo como una memoria fundiendo la piel y la nada a una velocidad de no regreso. El espacio de la Selva se hace grandioso, sublime como si uno fuese capaz de entenderlo e interpretarlo, de poder hablar con todas y de todas las cosas desde muy denantes desde muy después, "todo tiene espíritu, todo tiene espíritu".

El tiempo y el espacio adquieren una dimensión muy amplia, cuentan, relatan y enseñan; las sensaciones físicas ya no existen, desaparecen. De momento sobresalta un estado de atención profundo, el temor y el miedo desprenden latidos acrecentados mientras un resonar ronco y tubular profundo estremece las puertas del oído, sensaciones de desapego se activan, no hay retroceso, se revelan los más profundos pensamientos, confesión ante todo para templar la voluntad quizá para hacerla impecable y completa...

El lejano trepidar de las cigarras me lleva mucho más lejos, estoy enfrente de bellísimos diseños multicolores, destellan por todo el espacio cambiando al más ligero mirar; estallo en el acelerado crecimiento de una flor de luz que

vibra en la multiplicación de su sonar... me detengo en el trasfondo azulado, oscuro verde atento...

Líneas, sombras, fondos y formas inagotables, siempre fluyentes, móvil destello de la esencia de las cosas, una mirada al interior a lo invisible flota como luces repentinas tomando formas liquidas en laberínticos movimientos de la retina, el color lo invade todo, las formas luminosas transpiran por los poros, magnificencia de mirar la luz descompuesta en gamas celestes, esporas solares, mandalas, vitrales y mosaicos de perfección única.

Vuelo mágico cargado de misticismo y de luz propiciando los estados visionarios, el abuelo sabedor las ha convocado en los estados al contacto con la sabiduría ancestral y la fuerza de sus ícaros, permitiendo una transformación de orden estético en la necesidad de ser umbrales hacia estas experiencias de curación corporal, mental y espiritual. Pinta, curación, visión... guía y camino.

TALLER ARTÍSTICO CRUZ DEL SUR

JAVIER LASSO MEJÍA

Email: lassom7@hotmail.com

La Cocha - Pasto - Colombia